

¿Cuántas veces?

Guion de Juanjo Durán

c/ Este nº5 c.p. 07630
Campos (Illes Balears)
Telf.: 616347365
hayaomi74@gmail.com

1-INT-DESPACHO-NOCHE

RAMÓN (46) termina de recoger los papeles de encima del escritorio y los guarda en el cajón. Se le ve animado y se afana en acabar.

Se levanta y se da la vuelta hacia el archivador. A su espalda, la puerta se entorna despacio. Se oye el golpeteo de unos tacones al andar que a medida que se acercan se hacen más evidentes.

RAMÓN

(sin darse la vuelta)

Sea lo que sea, tendrá que esperar a mañana.

MARÍA

Puedes apostar ese precioso culito a que no va a esperar.

Un escalofrío recorre la espalda de Ramón. Cree reconocer la embaucadora dulzura en la voz de la mujer y tarda en reaccionar.

Cuando por fin reúne el valor para darse la vuelta, no puede evitar esbozar una mueca de pánico y sorpresa. Su cuerpo recula hasta que se golpea con el archivador con un sonoro golpe.

Frente a Ramón se encuentra una atractiva mujer, morena, esbelta y de semblante decidido, que posa ante él como un maniquí de El Corte Inglés.

En la mano sujeta una pequeña mochila que desentona con su elegante atuendo.

María lo observa en silencio y dibuja una siniestra sonrisa en el rostro. Con intención, espera a que sea él el primero en hablar.

RAMÓN

¿Qué... qué cojones haces aquí?

María baja la cabeza decepcionada y levanta la mano moviendo el dedo índice a modo de negación.

MARÍA

No, no, no, no... (clava su mirada en él)
Esa no es manera de saludar, Ramón.

Ramón traga saliva y se frota los brazos en un repentino ataque de frío.

RAMÓN

Lo siento... Ho... hola... mm

Ramón duda, no recuerda su nombre.
María esboza una sonrisa irónica y vuelve a negar, esta vez con la cabeza.

MARÍA

María, me llamo María. Es de lo poco que no ha cambiado desde la última vez que nos vimos.

RAMÓN

¿A qué has venido?

MARÍA

Cariño, ¿llamaste tú a la policía?

RAMÓN

(extrañado)

¿Cariño?

MARÍA

No me cambies de tema, la llamaste o no. Porque estuvieron un buen rato en casa.

RAMÓN

¿Por qué iba yo a hacer eso?

MARÍA

No lo sé, dímelo tú. Que salieras corriendo de casa como alma que persigue el diablo, me ha hecho llegar a esa conclusión.

RAMÓN

(asustado)

Intestaste atarme a la cama.

MARÍA

No me seas nenaza, a los tíos os encanta ese juego.

RAMÓN

¡Con alambre de espino!

María suelta un bufido, restándole importancia.

MARÍA

Ni que fuesen concertinas.

María avanza hacia él y deja la bolsa sobre la mesa del despacho, junto a un abrecartas. María ya no sonríe.

MARÍA

Y cariño... que sea la última vez que me levantas la voz.

Ramón comprende que es mejor no replicar, se muerde la lengua y observa la mochila sobre la mesa, que María aún sujeta con una mano.

RAMÓN

¿Para qué es la bolsa?

María abre la cremallera de la mochila.

MARÍA

(sonríe)

Hay que terminar lo que empezamos

RAMÓN

¿Cómo?

María extrae unos guantes de cuero negro de la mochila y se los enfunda sin dejar de hablar con Ramón.

MARÍA

Sales corriendo de mi casa, llamas a la policía. Me obligas a improvisar cariño.

RAMÓN

Ay dios, y dale con cariño.

MARÍA

¿Le has hablado de mí a alguien?... A parte de la policía, claro.

RAMÓN

Oye, yo, yo solo quería pasar un buen rato, nada más.

María continúa hurgando en el interior de la mochila.

MARÍA

Bla, bla, bla... sexo sin compromiso, un polvo rápido, ya te llamaré, me conozco esa historia demasiado bien.

María le muestra el cañón de un revólver.

MARÍA

Me diste un número de teléfono falso.

Ramón instintivamente levanta los brazos.
María observa el gesto con disgusto.

MARÍA

Ramón baja los brazos, no te estoy atracando... y sal de ahí detrás.

RAMÓN

¿Cómo me has encontrado?

María adopta una postura aburrida, cansada por el derrotero que está tomando conversación.

RAMÓN

Tendrías que estar dete...

MARÍA

¿Detenida? Cariño, en casa no guardo cadáveres en el armario ni cabezas cercenadas en el congelador, tengo otro lugar para eso... Les preparé un delicioso café y se fueron pidiéndome perdón.

María observa la expresión bobalicona de Ramón dibujada en el rostro, necesitado de una mayor explicación.

MARÍA

¿Una llamada anónima a la policía? ¿En serio, solo se te ocurrió eso? Otro intento rastrero como ese y te juro que me rasgo la ropa aquí mismo y les digo que has intentado abusar de mí, ¿cuánto crees que durarías en el cargo?

RAMÓN

¡Dios mío, estás loca!

MARÍA

¿Y ahora te das cuenta? Mira que eres tonto. Anda sal de ahí, no me obligues a ir a buscarte porque te pegaré un tiro en la rodilla y te acordarás de mí a cada paso que des.

María levanta el cañón y apunta en dirección a Ramón, que no se mueve. María, serena, amartilla el arma. Ramón avanza despacio y sale de la quimera de cobijo que supone el escritorio.

María arrastra una silla y la coloca entre los dos. Le indica con el cañón del arma que se siente. Ramón obedece y se sienta de espaldas a ella. María vuelve a echar mano de la mochila y saca un par de bridas.

MARÍA

Coloca las manos a la espalda.

Ramón intenta darse la vuelta. María apoya el cañón en su nuca y le obliga a devolver la mirada al frente.

MARÍA

Qué parte no has entendido.

Ramón acata la orden y María le aprisiona los brazos a la espalda.

MARÍA

Coloca los pies alrededor de las patas.

Ramón la ignora y María le arrea una sonora colleja.

MARÍA

Si quieres seguimos jugando a esto, a ver quién se cansa antes.

Ramón vuelve a obedecer.

Después de apresar las piernas a las patas de la silla, María deja el revólver en el interior de la mochila y extrae un martillo. Lo sopesa con satisfacción, incluso se diría que con devoción y da la vuelta a la silla. Se coloca junto a Ramón, que se asusta y a punto está de caer al suelo con la silla al ver el martillo.

RAMÓN

¡Espera, espera, qué coño vas a hacer con eso!

María observa la cabeza del martillo antes de apoyarlo sobre una de las rodillas de Ramón.

MARÍA

Elige; izquierda o derecha.

María mueve el martillo hacia la entrepierna de Ramón.

MARÍA

O prefieres el centro.

RAMÓN

No, no por favor, tengo mujer y una hija.

María se muerde el labio en un gesto de rabia.

MARÍA

Oh, que callado lo tenías. Ahora sí que me apetece aplastarte los cojones.

RAMÓN

Oye, no, no puedes hacer esto, no está bien.

MARÍA

¿Bien? ¿Engañar a tu mujer está bien?
¿Engañarme a mí está bien?

RAMÓN

¿No podemos ser solo amigos?

MARÍA

Sí claro, y agregarnos al Facebook y enviarnos fotos de gatitos y frasecitas de Paulo Coelho. ¿Eso te gustaría?

RAMÓN

¡Si no hicimos nada!

MARÍA

Es la intención lo que cuenta, puto falso de mierda... Mira, me canso solo de escuchar tus patéticas excusas. Abre la boca y saca la lengua.

RAMÓN

¿Qué?

MARÍA

El matrimonio es un voto sagrado. Si no tienes palabra, no necesitas lengua.

RAMÓN

¡Dios santo, pero tú te estas escuchando!

MARÍA

A veces creo que soy la única que lo hace.

RAMÓN

Oye, si te he ofendido en algo te pido perdón, pero yo no...

María le interrumpe y le pregunta con reproche:

MARÍA

¿Cuántos años tiene tu hija?

Ramón guarda silencio al principio e inclina la cabeza con vergüenza.

RAMÓN

Dos.

María lo observa entre indignada y enfadada.

MARÍA

Ay, y aún te parece injusto que te esté pasando todo esto.

María rodea la silla y se vuelve a colocar tras él.

RAMÓN

¿Qué quieres de mí?

MARÍA

La verdad, para variar. Por eso te voy a hacer dos preguntas, una por cada año de tu hija. Si las respondes con acierto me marcharé sin tocarte un solo pelo, y no será porque no te tenga ganas, te lo juro.

María apoya la cabeza del martillo sobre el hombro de Ramón que se estremece al notar el contacto con el frío metal.

MARÍA

¿Tenemos un trato?

Ramón guarda silencio, pero asiente con la cabeza.

MARÍA

Bien.

María comienza a caminar tras él, recorriendo el despacho, pensando en la posible pregunta mientras juega con el martillo.

Por fin se detiene y apoya la cabeza del martillo sobre la palma de su mano con evidente sonoridad.

MARÍA

¿De qué color son mis ojos?

La cabeza de Ramón cae hasta que su barbilla choca con su pecho. Niega con la cabeza.

RAMÓN

(para sí mismo)

Hija de puta.

MARÍA

Perdona, ¿decías algo?

RAMÓN

Estoy pensando.

MARÍA

No te acuerdas porque esa noche tu atención estaba un poco más abajo, ¿verdad?

RAMÓN

Podrías dejarme pensar sólo un momento, por favor.

María sujeta el martillo con fuerza. Lo levanta por encima de la cabeza de Ramón.

Se da la vuelta hacia la mesa y baja el martillo con violencia. La foto de familia de Ramón vuela por los aires, junto al abrecartas, su móvil y varios papeles, que se dispersan anárquicamente por la mesa y el suelo.

Ramón se sobresalta por la inesperada embestida.

MARÍA

(con sorna)

¡Bum! Ese es el ruido que hará tu cabeza cuando explote de tanto pensar.

Ramón observa asustado la foto de familia por el suelo y medita la respuesta con brevedad antes de contestar con inesperada convicción.

RAMÓN

Negros... tus ojos sólo pueden ser negros.

María esboza una sonrisa.

MARÍA

¡Muy bien Ramón! Ay cariño, si también te hubieras parado a pensar aquella noche...

RAMÓN

Hazme la otra pregunta y acaba ya.

MARÍA

Tranquilo, ahora la que necesita pensar soy yo.

María esta vez se coloca delante de Ramón. Se sube la falda del vestido mostrando sus hermosas piernas desnudas y se sienta a horcajadas sobre él. Recorre con el martillo el rostro de Ramón, que se arma de valor y clava su mirada en sus ojos negros.

MARÍA

Ahí va... Si un tren sale del punto A al punto B a una velocidad...

María se echa a reír ante el gesto confuso de Ramón. Le acaricia el rostro con la otra mano y se levanta.

MARÍA

Es coña, me estaba quedando contigo.

RAMÓN

Llevas toda la noche quedándote conmigo.

MARÍA

En eso tengo que darte la razón.

RAMÓN

Y seguro que la segunda pregunta la llevas aprendida de casa.

María se sorprende ante la perspicacia de Ramón.

MARÍA

Vaya, estás en racha. A ver lo que te dura, ¿estás listo?

RAMÓN

¿Acaso importa, puta psicópata?

María no se ofende y levanta los brazos, esta vez con fingido asombro.

MARÍA

Muy bien, se acabaron las medias tintas.
Juguemos en serio.

María golpea con el martillo la madera de la silla, justo en el hueco de la entrepierna de Ramón, para que le preste toda su atención.

María se inclina junto a él y le habla al oído, muy seria, borrando todo ápice de ironía o sarcasmo en su voz.

MARÍA

Dime Ramón, cuántas veces.

RAMÓN

Cuántas veces qué.

MARÍA

Cuántas veces se ha quedado sola tu mujer cuidando de tu hija mientras tú te follabas a otra, cuántas veces le has levantado la mano para abofetearle la cara, cuántas veces la has tirado al suelo y pateado su vientre, cuántas veces le has dicho al médico que se había caído, cuántas veces...

RAMÓN

¡Basta!

MARÍA

Sí, exactamente eso es lo que te decía ella, pero tú no parabas. ¿Recuerdas cuántas veces te suplicó que pararas?

Ramón inclina la cabeza, apartando la mirada de María y comienza a sollozar.

MARÍA

Mírame puto cobarde, dudo mucho que encuentres la respuesta en el suelo.

Pero Ramón no se incorpora.

María coloca la cabeza del martillo sobre su barbilla y le obliga a levantar la vista.

MARÍA

No vuelvas a casa, nunca, o quemaré este puto despacho contigo dentro.

RAMÓN

(sin convicción)

No puedes obligarme.

MARÍA

Sí que puedo. Lo de hoy sólo ha sido una visita de cortesía, no quieras verme trabajar.

RAMÓN

Es mi mujer... y mi hija.

MARÍA

Es lo que quiero que entiendas. No son tuyas, no son de tu propiedad. A partir de ahora estás muerto para ellas.

María se aparta asqueada de él. Se acerca hasta la mesa y guarda el martillo dentro de la bolsa. Saca el revólver.

Vuelve junto a un asustado Ramón y apoya el cañón en su sien. En silencio, amartilla el arma.

RAMÓN

¡No, no, espera por favor!

María aprieta el gatillo... pero no se produce ninguna detonación.

María devuelve el arma al interior de la mochila y con el pie acerca el abrecartas a los pies de Ramón.

MARÍA

Cuando recuperes la compostura y pienses erróneamente que a ti nadie te jode y mucho menos una mujer y te se inflen los cojones con ese dudoso valor que crees que tienes... únicamente recuerda que si tengo que volver a visitarte, el arma estará cargada.

Ramón observa la sinceridad en el rostro de María. Incapaz de aguantar su mirada, agacha la cabeza y la esconde entre los hombros.

María se aleja definitivamente de él y con ella el sonido de sus tacones al andar.

FUNDIDO A FIN.